

CUSTODIA, RESPONSABILIDAD Y SOSTENIBILIDAD: APORTES PARA UNA VISIÓN ECOLÓGICA EN EL PENSAMIENTO DE CHIARA LUBICH

— Decarlini, María Florencia¹
— Ferrero, Gabriel Antonio²

RESUMEN

El planeta ya no es capaz de equilibrar los daños de la actividad humana. La crisis climática y la injusticia social siguen empeorando. Emergen del pensamiento de C. Lubich tres conceptos: la custodia, la responsabilidad y la sostenibilidad. La custodia es entendida desde la íntima relación que vincula al ser humano con la naturaleza como parte de sí mismo, y que lo debe llevar a gestionarla, dejando de lado toda posición de explotación de la misma. La responsabilidad debe llevar al ser humano a desarrollar una conciencia ambiental, para injertarse y colaborar en la realización del plan de Dios sobre el universo, participando de su ser Amor, y revisando críticamente su estilo de vida para ver si es conforme a este designio. Desde su mirada del Amor, también emerge la sostenibilidad, no basada meramente en intereses económicos, sino en la posibilidad de contribuir a la transfiguración de la tierra.

Palabras Clave: *custodia, responsabilidad, sostenibilidad.*

1 Doctor en Bioquímica, Universidad Católica de Córdoba. Docente del Área de Formación UCC desde 2019, Investigador en Proyecto de Química Verde desde 2015 y Docente de la Facultad de Ciencias Químicas desde 2011. Desde 2015 participa en un grupo internacional de investigaciones interdisciplinarias sobre “Texto, contexto y perspectivas en los escritos de Chiara Lubich, de los años 1949-1951”, y como docente del Instituto Universitario Sophia para ALC en la cátedra de Ecología.

2 Doctor en Astronomía, Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Licenciado en Física, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú. Jefe de Trabajos Prácticos en la cátedra de Sistemas Estelares, Facultad de Ciencias Astronómicas y Geofísicas, UNLP. Investigador en la UNLP, miembro del grupo de investigación en estrellas masivas y agrupaciones estelares. Coordinador de la Oficina Nacional Argentina del observatorio astronómico internacional Gemini Observatory. Miembro del Instituto de Astrofísica de La Plata (IALP). Miembro del centro interdisciplinario de estudios Escuela Abbà del Movimiento de los Focolares.

Nos encontramos hoy ante una encrucijada nunca antes vivida por la humanidad. Hemos devastado el planeta al punto de que la tierra ya no es capaz de equilibrar los daños producidos por la actividad humana. Los medios de comunicación nos reportan a diario cómo la crisis climática y la injusticia social siguen empeorando y el planeta está corriendo cada vez más rápido hacia su destrucción. Es evidente que tanto el Covid-19, como el cambio climático y la destrucción ecológica son signos claros de que nuestra civilización necesita un cambio urgente.

La ecología es nuestra base de supervivencia. Es la naturaleza en su conjunto la que nos permite satisfacer nuestras necesidades básicas, de aire, de agua, de alimentos, de minerales y de todo aquello que necesitamos para vivir. Si exageramos, si consumimos y destruimos todo el territorio a nuestra disposición, se rompen las relaciones ecológicas y se quiebran los vínculos entre los seres vivos. La tierra tiene límites y nuestro crecimiento, no puede ser infinito. Se ha demostrado con muchos estudios científicos serios que tendríamos los recursos técnicos y económicos para poder dar este cambio de rumbo. Pero lo que falta es ese suplemento del alma que hace que todos nos sintamos responsables de todos, en el esfuerzo de administrar los recursos de la tierra de un modo justo. Pero si no desarrollamos una nueva conciencia de solidaridad universal, nunca llegaremos a este objetivo.

Podemos encontrar en la figura de Chiara Lubich (1920 -2008), fundadora de un movimiento laico difundido en 182 países y al que pertenecen más de tres millones de personas, una fuerte inspiración mística que nos aporta nuevas ideas sobre el tema. Su gran novedad radica en que, “entrando en Dios” y estando “bien parada sobre la tierra”, paradójica y simultáneamente mira las cosas, el mundo, la historia, todo desde

la perspectiva de Dios. Su incidencia en el campo cultural se puede ver reflejada en los 17 doctorados *honoris causa*, que recibió desde 1996 hasta el 2008, en diferentes universidades, países y ciencias. Habría mucho para decir, estudiar, investigar en los discursos de estos doctorados, que proyectan nuevas luces en varias ciencias, y en la amplia riqueza de textos llenos de sabiduría que nos ha dejado la autora.

Nos detendremos en particular en el legado que ha dejado a EcoOne, la iniciativa cultural ecológica del Movimiento de los Focolares. La misma se podría definir como una red internacional de docentes, investigadores y profesionales que actúan en el campo de las ciencias ambientales, a quienes une el deseo de enriquecer el conocimiento científico con una lectura humanista y sapiencial de los problemas ecológicos. Esta iniciativa fue fundada por C. Lubich misma en mayo de 1999. En su trayectoria intelectual se destaca la búsqueda de algunas categorías bien fundamentadas en el campo del pensamiento, de la vida religiosa y del desarrollo social, como son la custodia, la responsabilidad y la sostenibilidad, que dirigen la teoría y la práctica en temas ambientales. Más precisamente, como expone Fiorani (2012), *“el programa de investigación de EcoOne consiste, incluso antes de establecer soluciones técnico-operativas, en la identificación de una relación entre persona y naturaleza renovada y adaptada a la actualidad que atraviesa la recuperación del sentido de las relaciones que nos unen a cada uno de nosotros con el cosmos”* (Fiorani, 2012).

Desde la creación de EcoOne se realizaron varios congresos abordando temas ambientales. En el 2005, el tema del congreso fue el Desarrollo Sustentable. Chiara Lubich, envió un mensaje con fecha del 7 de mayo. Las ideas contenidas en el mismo tienen un carácter fundacional, y constituyen la carta magna de EcoOne. Dado su contenido

altamente rico e innovador, proponemos el texto completo que luego profundizaremos en detalle:

Por el carisma de la unidad que Dios nos ha dado, siempre hemos visto la creación en su maravillosa inmensidad como UNA, surgida del corazón de un Dios que es Amor, de un Dios que ha estampado allí su huella.

Percibimos la presencia de Dios debajo de las cosas. Por lo cual, si los pinos eran dorados por el sol, si los arroyos caían en sus cascaditas reluciendo, si las margaritas y las otras flores y el cielo estaban de fiesta por el verano, nos parecía que más fuerte que todo esto era la visión de un sol que estaba debajo de todo lo creado. En cierto sentido, veíamos, creo, a Dios que sostiene, que mantiene las cosas.

Así fue también para cada hombre y para cada mujer, para la humanidad, que es la flor de la creación. Y como consecuencia, sentimos que fuimos creados como un regalo para quienes nos rodean y quien nos rodea fue creado por Dios como un regalo para nosotros. En la tierra, todo está así en una relación amorosa con todo: todo con todo.

Por tanto, el ser humano, dotado de inteligencia, con la sabiduría que penetra los misterios, debe injertarse y colaborar en la realización del plan unitario de Dios sobre el universo. Su creatividad, su trabajo, debe realizarlo para participar en la obra del creador. Pero es necesario ser Amor para poder tejer el hilo dorado entre los seres.

El progreso humano está estrechamente relacionado con el progreso del ambiente en el que vive y por lo tanto está condicionado por él. El ser humano no es el centro del cosmos: el centro es Dios. ¡No nos atrevamos a ir contra Dios! Encontraríamos la Muerte. Si en cambio la finalidad del ser humano no será el interés económico, el egoísmo, sino el amor por los demás seres humanos y por la naturaleza, con su aporte, la Tierra se transfigurará hasta convertirse en un paraíso terrestre (Fiorani, 2012).¹

Podríamos decir que de este escrito emergen tres conceptos fundamentales del pensamiento de C. Lubich: (1) la custodia (que deriva de una nueva relación persona-naturaleza), (2) la responsabilidad-conciencia ambiental y (3) la sostenibilidad del desarrollo.

1) La custodia es entendida desde la íntima relación que vincula al ser humano con la naturaleza como parte de sí mismo, y que lo debe llevar a gestionarla, dejando de lado toda posición de explotación de la misma.

2) La responsabilidad debe llevar al ser humano a desarrollar una conciencia ambiental, para injertarse y colaborar en la realización del plan de Dios sobre el universo, participando de su ser Amor, y revisando críticamente su estilo de vida para ver si es conforme a este designio.

3) Desde su mirada del Amor, también emerge la sostenibilidad, que no está basada meramente en intereses económicos, sino en la posibilidad de contribuir a la transfiguración de la tierra.

Chiara Lubich vive en el '49 una experiencia mística en la que la naturaleza, que era el marco del espléndido paisaje veraniego en las Dolomitas, juega un importante papel en su visión del cosmos. Observando la naturaleza con la mirada de Dios, capta la presencia de Dios bajo las cosas, ve a la naturaleza como un don de Dios, como una expresión de su amor. Esta mirada le hace describir la belleza natural de lo que percibe, a la vez que subraya fuertemente su "visión de un sol que estaba debajo de todo lo creado". Se desprende clara e incisivamente de este texto, a través de un lenguaje aparentemente sencillo y poético, una visión "desde Dios" de las cosas y del mundo natural. Es como una mirada contemplativa que, metafóricamente hablando, partiendo del "ojo de Dios" penetra la realidad natural,

¹ El texto original en italiano ha sido traducido al castellano por los autores, así como también el resto de la bibliografía.

y por lo tanto constituye una visión teológica (Rondinara, 2013). En esta visión, la realidad natural está de acuerdo con el concepto de la tradición judeocristiana de la creación, en la medida en que proviene de Dios, de Dios que es amor, que crea “ex nihilo” y lleva su sello Trinitario, como lo afirma un poco antes en el texto: “...siempre hemos visto la creación en su maravillosa inmensidad como UNA, surgida del corazón de un Dios que es Amor, de un Dios que ha estampado allí su huella” (Fiorani, 2012).

Como afirma Rondinara (2013), un primer elemento sobre la visión de la realidad natural según Lubich, es el relativo a la relación entre Dios y la naturaleza. Aquí, Lubich supera la aparente oposición entre trascendencia e inmanencia de Dios en la naturaleza que creó, al vencer y sintetizar al mismo tiempo los dos modelos explicativos que prevalecieron en la historia del pensamiento religioso. *“Según esta síntesis, Dios ha creado toda la realidad existente desde la nada, a través de un acto de amor libre. Él trajo a la existencia algo - la creatura - que no es parte de Su propia sustancia y que, por tanto, Él trasciende continuamente; pero la suya es una trascendencia que no implica necesariamente una distancia, sino una presencia inmanente vivificante”* (Rondinara, 2013).

“Percibimos la presencia de Dios debajo de las cosas. ... En cierto sentido, veíamos, creo, a Dios que sostiene, que mantiene las cosas” (Fiorani, 2012). Compartimos la opinión de Rondinara (2013) que, según el pensamiento de Lubich, este sostener de parte de Dios no interfiere con esa regularidad propia de la naturaleza captada por los científicos y expresada a través de las leyes científicas. De hecho, aquí se entiende a Dios como causa primera, que actúa constantemente en el mundo a través de las causas segundas, que son las causas naturales. En esta concepción, Dios no es un agente cósmico que interviene caprichosamente en el funcionamiento del universo; respeta la libertad de su creación en seguir su relacionalidad interna, pero

al mismo tiempo, esa relacionalidad no lo constringe impidiendo su acción en la conservación del ser.

Nuestra sociedad parece ser fruto de una concepción antropocéntrica extrema, en la que el hombre es diferente y superior a la naturaleza y tiene el derecho a dominar sobre la misma, como si fuese un entorno maleable a su gusto a través de la técnica. En una visión cristiana, parecería encontrar fundamento en un pasaje del libro del Génesis, donde Dios, habiendo creado al hombre y a la mujer les dice: “Sean fecundos, multiplíquense, llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar, a las aves del cielo y a todos los vivientes que se mueven sobre la tierra” (Gen 1, 28). Pero una exégesis más precisa de este versículo muestra que el “llenar la tierra y someterla” no es un mandamiento, sino una invitación para que el ser humano ejerza su papel en el mundo. Además, el verbo hebreo que generalmente se traduce como “subyugar” significa “colocar el pie en algo”, y adquiere el significado de “entrar” es decir “vivir allí”. Según Pasini et Fiorani (2012), el verbo hebreo que en el versículo se ha traducido como “dominar” en realidad significa “pastar, conducir, llevar el rebaño a pastar”. En resumen, la creación nos ha sido “confiada” como “custodios” que lo administren y lo orienten con amoroso cuidado (Pasini, A. et Fiorani, L., 2012).

Estamos acostumbrados a pensar en la naturaleza como un lugar donde la humanidad no existe: las asociaciones ecológicas más antiguas nacieron precisamente para preservar la integridad de la naturaleza, con el objetivo de establecer parques y áreas protegidas. A su vez, tanto el capitalismo occidental como el socialismo han dado al ser humano una amplia libertad para actuar sobre una naturaleza, entendida como un depósito infinito del cual extraer recursos y tirar basura. A la luz del conocimiento actual, vemos también cómo

el concepto de naturaleza expresado por el ecologismo tradicional ya no existe: las consecuencias de la presencia del ser humano se sienten incluso en los lugares más remotos. Somos conscientes hoy que vivimos en una Tierra de recursos finitos y que la presión que estamos ejerciendo sobre el sistema es, a largo plazo, insostenible. La naturaleza no es una materia inerte que se pueda moldear a voluntad nuestra, sino que es un sistema (del cual somos parte) que posee una dinámica vital propia, que interactúa constantemente con nosotros. En este sentido, una forma de superar una visión insuficiente de la relación persona-naturaleza podría consistir en dejarse asombrar por el fascinante tejido de relaciones entrelazadas que caracterizan a lo Creado, en una contemplación estética e intelectual que captura la complejidad del planeta, la delicadeza de su equilibrio y el fluir de su propio ritmo (que es lo que encontramos en el texto de Lubich): si un arroyo acaba en un lago, si hay un pino junto a otro pino, es porque hay una relacionalidad intrínseca en la naturaleza que causa asombro. En definitiva, debemos reconocer que persona y naturaleza están íntimamente vinculadas, y que el hombre debe asumir una actitud de custodia, de cuidado hacia la misma (Pasini, A. et Fiorani, L., 2012).

Una consecuencia de esta visión del texto de Lubich es la recuperación de la relación original entre la persona y la naturaleza, no separada de la relación Dios-persona y Dios-naturaleza. Esto se percibe de hecho dentro de toda la relacionalidad presente en la creación, presentada a través de la categoría "amor".

"Así fue también para cada hombre y mujer, para la humanidad, que es la flor de la creación. Y como consecuencia, sentimos que cada uno de nosotros fue creado como un regalo para quienes nos rodean y quien nos rodea fue creado por Dios como un regalo para nosotros. En la tierra, todo está así en una relación amorosa con todo: todo con

todo. (...) Pero es necesario ser Amor para poder tejer el hilo dorado entre los seres" (Fiorani, 2012).

Estamos ante una visión religiosa de la realidad natural, que presenta interesantes aportes como actitud responsable hacia la naturaleza en sí misma. Además, hay una superación de ese contraste que podría existir entre la mejora (valorización) de la naturaleza y la creatividad humana. En la recuperación de la relación original Dios-persona-naturaleza, por lo tanto, hay una triple mejora: (a) la naturaleza se valora plenamente desde que se conoce su meta final; (b) la red de relaciones que la une a nosotros se potencia ya que nos damos cuenta de que somos compañeros de viaje hacia un destino común; (c) finalmente, se potencia el papel creativo que la persona humana tiene hacia la naturaleza. Pero, afirma Lubich, "*es necesario ser Amor*", es decir, es necesario que aprendamos a entendernos a nosotros mismos como sujetos conscientes y responsables, que son parte integrante de la naturaleza, y se realizan existencialmente en darse a sí mismos, a sus semejantes y a la realidad natural de la que también ellos forman parte, construyendo la familia humana global.

Como autores de esta ponencia, compartimos esta visión de la relacionalidad intrínseca en la naturaleza con otros colegas de diversas disciplinas, la que ha dado vida a multifacéticos aportes de miradas desde distintas ciencias: desde las propiedades emergentes a nivel del ADN a las relaciones desafiantes entre la atmósfera, la biosfera y la antroposfera, y desde la colaboración que se encuentra a nivel celular a la que se encuentra entre los árboles u otros seres del mundo animal (Ceroni, F.; Fiorani, L.; Belzung, C.; Ferrero, G. y otros, 2021).

Otro elemento característico de la concepción de Lubich de la realidad natural es el uso de la noción de creación entendida como evento, como afirma Rondinara (2013).

En el primer capítulo de la Carta a los Efesios (Ef 1, 3-10) la creación se entiende como un evento, como una historia de Dios con el mundo que cubre todo el arco de la acción divina, comenzando por la formación del cosmos, pasando por la aparición del ser humano y del evento salvador de Cristo, para finalmente llegar a la recapitulación de todas las cosas en él.

Estos dos caracteres que se acaban de expresar (relación Dios-naturaleza y creación entendida como un evento) tienen su propia relevancia cultural, ya que pueden guiar correctamente el razonamiento teológico y filosófico en aquellas cuestiones de frontera acerca de la relación entre las teorías de la evolución biológica y el principio de la creación, y entre este último y la teoría actual de la ciencia de la cosmología sobre los inicios del universo.

“Estas consideraciones tienen el mérito de volver a proponer la cuestión de si Dios esté realmente y totalmente fuera del mundo, y ofrecer al pensamiento la hipótesis de que Dios nunca haya abandonado a su mundo, de que no haya dejado su creación a merced de sí misma y de que él esté trabajando con su amor providente bajo cada elemento material, ya que lo acompaña amorosamente en su camino hacia Él” (Rondinara, 2013).

Otra área en la que la visión de la naturaleza según Lubich puede hacer una contribución cultural, es la cuestión ambiental. Esta crisis ambiental, es esencialmente una crisis antropológica, como se expresaba anteriormente, y no puede superarse con medidas exclusivamente técnico-científicas o económicas, ya que tiene sus raíces en algunos valores y categorías del espíritu humano. Una relación persona-naturaleza renovada y adaptada a los retos lanzados por la crisis ambiental, pasa necesariamente por la recuperación del sentido de las relaciones que nos unen a la naturaleza misma,

expresadas por Lubich en el texto que estamos considerando (Rondinara, 2013).

El camino de la autora para formar una conciencia ecológica madura es por lo tanto el amor. Es necesario adquirir una perspectiva de comunión (entre nosotros hombres y mujeres, con Dios y con las cosas) y una transfiguración que estimule y despierte en cada uno la dimensión profunda y misteriosa de la acción humana. Internalizado este proceso, la ética emergerá de consecuencia. Esta visión está focalizada, por lo tanto, no tanto en defender y preservar la naturaleza sino en volverla más hermosa, espiritualizarla, transfigurarla; es decir, llevarla al plan que tiene Dios sobre ella.

En conclusión, la naturaleza que emerge en la concepción que tiene Lubich, como un misterio de amor más allá de las palabras, sea en las múltiples formas de su inteligibilidad, sigue siendo siempre un área que nunca se puede expresar plenamente, ya que está estrechamente relacionada con el misterio de la humanidad y de Dios (Rondinara, 2013). Este concepto viene expresado muy fuertemente en el último párrafo del texto, junto a un nuevo modo de ver la sostenibilidad:

“El progreso humano está estrechamente relacionado con el progreso del ambiente en el que vive y por lo tanto está condicionado por él. El hombre no es el centro del cosmos: el centro es Dios. ¡No nos atrevamos a ir contra Dios! Encontraríamos la Muerte” (Fiorani, 2012).

La estrecha relación entre la actividad humana y el ambiente, como plantea el texto, está hoy avalada por estudios científicos. Como expresa Giacone (2015), la producción y la eficiencia son los dos parámetros utilizados para evaluar tanto a los sistemas económicos, como a los ecosistemas. Todo el mundo viviente depende, directa o indirectamente, de la producción vegetal. La eficiencia de las plantas en el uso de energía

solar promedia solo el 2%, aunque la eficiencia teórica del sistema fotosintético localizado en los cloroplastos pueda llegar al 35%. Por lo tanto, el presupuesto básico también para la economía no puede ser indefinido, ya que se basa sobre la baja eficiencia ecológica del mundo vegetal y sobre los recursos limitados del mundo mineral (Giaccone, 2015).

En la cultura actual, esta unidad entre el ser humano y la naturaleza, dada por el carácter común de “creaturas de Dios”, está destinada a sucumbir bajo el consumismo difundido en los países desarrollados, bajo egoísmos nacionales, brechas tecnológicas, distancias en los niveles económicos. Es necesario reemplazar la cultura de tener por la cultura de dar, como queda expresado en el texto de Lubich: “*Si en cambio la finalidad del hombre no será el interés económico, el egoísmo, sino el amor por otros hombres y por la naturaleza, con su aporte, la Tierra se transfigurará hasta convertirse en un paraíso terrestre*” (Fiorani, 2012).

Compartimos en este sentido la visión de Giaccone (2015):

“La solución a este problema básico de la cultura radica en aceptar conscientemente, para los creyentes, la teología de la creación común a las religiones monoteístas, que por lo tanto pueden revertir la tendencia hacia el consumismo, que es la raíz de todo desastre ecológico y que lo hace insostenible y cualquier modelo de desarrollo socioeconómico no duradero. Un humanismo plenamente en armonía con el universo no puede dejar de considerar la naturaleza de un modo nuevo” (Giaccone, 2015).

Por su parte, Bellina (2019) también comparte esta idea al afirmar que:

“Para sobrevivir y enfrentar el riesgo global, es necesario activar modelos de crecimiento y de

desarrollo sostenible, poniendo a la persona en el centro, superando el individualismo con la cooperación, la cohesión social y el estar en relación, porque la salvación del individuo depende de la salvación del planeta y de todos sus habitantes. Se necesitan las categorías de la fraternidad, de la solidaridad y de la participación de todos en las decisiones importantes de la historia”.

Por lo tanto, la sostenibilidad para garantizar un futuro para las generaciones futuras se debe construir sobre una nueva humanidad, en la que razonemos cada vez más desde el punto de vista del nosotros, sintiéndonos un don para el otro, viendo al otro como un regalo para mí. Es cuestión de pensar en el yo, ya no sólo como consumidor, sino también como colaborador, que, dentro de una red de relaciones, participa en la producción de un valor personal y colectivo. Esta relación empática de cooperación entre economía y sociedad fortalece el desarrollo sostenible como único modelo que cumple con una ética de alianza contra el riesgo global y por el cual podemos esperar salvar al mundo y a toda la humanidad (Bellina, 2019).

Si logramos detener esta loca carrera hacia la destrucción, será solo porque cada uno de nosotros se dará cuenta de lo que realmente está sucediendo. Será solo porque cada uno de nosotros, con sus propias elecciones de consumo, de voto y de estilo de vida, obligará a los ricos a no explotar más nuestro planeta; obligará a las empresas a ser verdaderamente sostenibles; forzará a la innovación tecnológica para que sirva al Bien Común; obligará al mercado a respetar nuestra calidad de vida imponiendo a la política para que se convierta en un auténtico garante.

BIBLIOGRAFÍA

- Bellina, G. (2019). Modelli di sostenibilità per il terzo millennio. *Nuova Umanità* XLI, 115-129.
- Ceroni, F.; Fiorani, L.; Belzung, C.; Ferrero, G. y otros. (30 de julio de 2021). *Wonderverse: Showcasing the fundamentally relational character of Nature*. Obtenido de <https://wonderverse.home.blog>
- Fiorani, L. (2012). Il contributo di EcoOne alla riflessione ecologica. *Nuova Umanità* XXXIV, 49- 51.
- Giaccone, G. (2015). Dare un'anima all'ecología, Attualità e necessità del confronto fra ecología e religione. *Nuova Umanità* XXXVII, 449-462.
- Pasini, A. et Fiorani, L. (2012). Il dibattito mediatico sui cambiamenti climatici. *Nuova Umanità* XXXIV, 53-65.
- Rondinara, S. (2013). Natura e sapienza. Spunti sulla nozione di "natura" presenti in alcuni scritti di Chiara Lubich. *Nuova Umanità* XXXV, 283-295.